



Notas

EL MOVIMIENTO GRANCOLOMBIANO

Cinco partidos se disputan ahora en Colombia la afirmación de la nacionalidad, en forma que cada uno combate rudamente a los demás, siguiendo la lógica de las deliberaciones políticas, todo lo que no encuadra en la tarifa de las soluciones que creen más armonizadas con el modus vivendi del país, todo lo que no es una solución a la situación conflictiva que se tacta en las más mínimas manifestaciones de la vida nacional. A la larga, algunos partidos de los cinco que batallan en la arena de la opinión colombiana, coinciden en apreciaciones que de ser contempladas detrás de la pasajera discusión política y por sobre la efimereidad de la ardencia que se pone en el choque político, podrían traducirse en postulados liberatorios que aventarían al país, forzosamente, a una realidad distinta. Hay que abonar a algunos partidos la manifestación de vigor que señala el hecho de que el hombre no se realice, no se complazca espiritualmente, no se halle totalizado en una tendencia política. Esa inquietud puede, de un momento a otro, reventar en una fórmula definitiva que amase tendencias de todas las vertientes espirituales. Esa inquietud está, huelga decirlo, fuera de los partidos mismos que no piensan en otra cosa que en superar no propiamente sus postulados sino a sus vecinos en la lucha por la duración y perduración.

Temperamentalmente, el colombiano es un individuo de tardo caminar, de canso transitar en la realización de las ideas. Por haber contado en su desarrollo histórico con un amplio y apretado bagaje de elaboraciones legales, por haber dispuesto para su solaz particular de una abrumadora cantidad de estructuras jurídicas, por haber tenido inicial y finalmente una fisonomía legalista enfrascada dentro de los cánones jurídicos, se ha quedado a la zaga en el estadio de las realizaciones estatales. Mucha literatura, mucho verso, mucha bella prosa, mucho sollozante parágrafo, mucha veneración por los códigos, pero nada de bajar de aquella torre al terreno de la realidad nacional. Esta es, suscintamente, esencialmente, la razón raizal del momento tremendo que le toca vivir a Colombia, cuando otras

repúblicas latinoamericanas echaron adelante, progreso adelante, civilización adelante, cultura adelante, sin preocuparse de los problemas de índole sentimental que se para contados y para resueltos en la ventana enarbolada mas no a la luz de las consideraciones públicas. Veloces en el paso sentimental, ruidos en la construcción de ciudades intelectuales pero lentos en la mirada al paisaje telúrico, sonsos en el reconocimiento de que por debajo de todas aquellas febricitaciones intelectuales de inegable belleza en el altar de las musas, para hablar con ancianas palabras, hay una dolorosa realidad territorial por colonizar. El caso, nuestro triste caso es sobrado real para que pueda siquiera dudarse de su realidad: mientras pueblos, como el argentino, están resolviendo presurosamente el problema agrario, el de la despoblación del campo, el de la desocupación, en Colombia nadie dice que es suya su boca para hablar de estas preocupaciones. Y si lo hace, ello es tanto como matricularse en un nuevo partido del cual resulta fundador sin darse cuenta.

Pero, todos los partidos colombianos coinciden cabalmente en la contemplación de la Gran Colombia como un imperativo categórico de estos pueblos que surgieron a la luz del derecho internacional al brillo tajante de la tajante espada de Simón Bolívar. Hasta ahora no ha habido ni un solo reparo al ideal grancolombiano, por parte de los directores de la política colombiana. Se entiende que es una imperiosa necesidad de los colombianos —mejor, grancolombianos— de Venezuela, Colombia y Ecuador, y se acepta conscientemente la responsabilidad histórica que significa el entronque de estos pueblos vecinos y hermanos en una comunidad jurídica internacional, en una trilogía de estados que contarán con veinte millones de habitantes, el habla de los hidalgos castellanos, la religión de Cristo y los mismos modales, corporales y espirituales. Tal aspiración es de unánime aceptación en sus líneas generales. El perfil de la Gran Colombia, según el ideal de Bolívar que no es hora de recontar letra a letra porque por conocido vive alto en la alta frente de los países de América, va adquiriendo súbitamente contornos de realidad. Y como por contraste, el reflejo de esta aspiración grancolombiana se proyecta sobre los ciudadanos del país en forma que de una tremenda desazón nacional en que el intelectual ni siquiera se acordaba de pensar en los problemas espirituales de su patria, se ha pasado a un estado que si no es absolutamente de alborozo es por lo menos de conciliación. La sombra de la cercanía de la Gran Colombia empieza a labrar la holgura de estos pueblos, nacidos al estallido del soplo del genio como del terrón miserable surgió de golpe, al soplo divino, la concreción espiritual y corporal más consoladora de las filosofías.

Recientemente el señor José María Velasco Ibarra, llegado a la Presidencia de la República del Ecuador en un momento de muchas inocencias chorreantes sobre la historia, ha declarado enfáticamente que consagrará su desvelo a la realización del ideal grancolombiano, esparcido en la obra de Bolívar. Y que Ecuador está presto a la estructuración de una totalidad armónica en donde todo sea una común aspiración grancolombiana. Ya se ha presentado una visión rápida de la manera como están llegando a esta misma aspiración los partidos políticos de Colombia. Este será el punto de partida, el toque inaugural para el comienzo de la re-creación de la Gran Colombia sobre una base que ni siquiera perjudique los intereses de

— agridad continental, ni amengüe la relaciones con los americanos de otros sitios de América, ni atañe a los vecinos, ni atemorice a los transitorios enemigos. La Gran Colombia grande, de pie en la juntura de dos continentes de América que quisieron divorciarse geológicamente pero fueron unidos en el instante mismo de la separación por el espíritu de la solidaridad que ha de preparar el continente todo para la recepción de la cultura, si es que su tránsito continúa de oriente a occidente.

Belsario Betancur.

SALARIO Y SUBSIDIO FAMILIAR

A lo largo y ancho, a lo alto y denso de la historia ha sido preocupación de los sociólogos o de quienes precedieron la sociología, el tema de la cuestión social enfocada desde el mirador del obrero como elemento de riqueza, informado de alma y cuerpo, que tiene de atender no tan sólo a su subsistencia personal mas también a la de sus adláteres, es decir, de los elementos que integran su familia y que viven de su trabajo. De antes se tenía la noción de que el salario no es otra cosa que una retribución, o mejor, una recompensa del patrono a un servicio prestado por el obrero. Pero de tiempo en tiempo se ha ido operando un viraje rotundo en la aceptación de estas tesis, de tal suerte que el concepto del salario ha adquirido ensanches en la aceptación de su significado y por tanto en el marco de su acción. En esta forma se llegó a la conclusión, más o menos unánimemente aceptada, aún por los marxistas, de que el salario es toda retribución alcanzada en virtud de un trabajo hecho por riesgo y mandato de otro. A partir de esta definición que si no alcanza a resolver totalmente el problema social porque antes lo plantea —las definiciones nunca han resuelto nada,— se ha venido operando el cambio de orientación en las exigencias de los obreros y en las esquivices y complacencias de los patronos.

Sería de recomendar la trayectoria de las adquisiciones sociales del trabajador, a través de los diversos periodos cronológicos, desde la edad media hasta los días que vivimos y aún rebasando estos linderos que los ha dictado la improvisación e imprevisión. Una revisión de las encíclicas de los Pontífices que ya ha sido iniciada en algunos trabajos serios que corren publicados profusamente, mostraría diáfananamente cómo es de demagógica la afirmación de los apóstoles de la revolución marxista, de que la bandera de las reivindicaciones sociales fue esgrimida y levantada por Carl Marx antes que por otro cualquiera en el mundo. Los Santos Padres llegaron mucho antes que Marx a la contemplación de la delgadez y endeblez de los argumentos con que los capitalistas sostenían la tesis de "trabajo-igual-salario", en la cual sólo aparece un matiz del trabajo pues que ni siquiera se atiende al desgaste orgánico que el trabajador tiene que confrontar con los rigores del trabajo.

En fin, tras mucho oler la digestión de los capitalistas, tras constantes andanzas sobre las pautas del derecho social, se alcanzó el afianzamiento de un concepto que atiende a la calidad del trabajo, a la subsistencia del trabajador y a la de quienes giran en torno a

Bibliografía

sus emolumentos. Lograda esta primera conquista el consentimiento de los sociólogos fue delimitándose en razón de las tendencias espirituales y filosóficas, en forma que en tanto que un sistema negaba la validez del concepto del salario familiar, otro lo rechazaba parcialmente y el de más allá lo aceptaba. Entre los católicos fue aceptado unánimemente este concepto. Los sociólogos católicos sólo disientan en cuestiones accidentales que en nada afectaban la médula de la solución. Quereamos citar de paso, dos acápites imperiales, del Código de Malinas el uno y el otro de un Congreso Nacional de Sindicatos Católicos celebrado en Madrid, en el año de 1919. Dice el primero, Código de Malinas en cuya realización participó como presidente el Cardenal Mercier: "El salario vital, que comprende la subsistencia del trabajador y su familia y el seguro contra los riesgos de accidente, enfermedad, vejez, paro, es el salario mínimo, debido en justicia por el patrono". Y la declaración de los Sindicatos Católicos de España, dice: "Aspiramos a que el salario mínimo, sea vital familiar, es decir, suficiente para que el trabajador pueda hacer vida decorosa como hombre, como ciudadano y como padre de familia".

Esta es la culminación del proceso de reivindicación del trabajo. En los estados americanos no ha habido una aplicación total de esta doctrina y en punto de adquisición de los derechos sociales tal vez ha sido Colombia el más atrasado, a pesar de que por tırrios y troyanos se alardea la abundancia de providencias por parte del legislador, en bien del obrero y de la suficiencia del salario el sostenimiento de la economía del hogar. En Medellín, en esta ciudad de Medellín del departamento de Antioquia, se han hecho ahora dos formidables ensayos de revaluación del concepto del trabajo, por parte de la Asamblea Departamental y del Concejo de la ciudad. La corporación administrativa departamental aprobó una ordenanza que ya ha sido sancionada por el señor gobernador, en virtud de la cual se aumentaron los sueldos de los trabajadores del departamento sobre la base del salario familiar; en la misma forma fue aprobado un acuerdo por la entidad administrativa municipal. En esta forma, se ha dado un amplio paso que seguramente será de trascendental repercusión en la pista de los derechos sociales del trabajador y que, de ser imitado por otras entidades del país, traerá días más diáfanos, tiempos de más claridad para el obrero, tras las penosas aflicciones que le ha tocado vivir.

Cuando se haga el recuento histórico de estos capítulos sociales, cuando se escriba la historia desgarrada de las reivindicaciones sociales del proletariado colombiano que tan escandalosamente se explota por los políticos de turno, las providencias de la Asamblea de Antioquia y del Concejo de Medellín habrán de ser tenidas muy en cuenta como prenuncios de mejores días para el obrero, de mejores ratos para el trabajador, recibidos sin que hubiera de haber por medio la absorción del credo religioso del hombre ni la venta de sus tendencias ideológicas.

Belisario Betancur.

POR UNA REVALUACION DE LA ARQUITECTURA

La gigantesca y tradicional lucha entre el arte y la técnica se ha decidido. La ingeniería, ciencia exacta, y la arquitectura, arte inmenso, han mantenido durante lustros y siglos una pugna jurisdiccional sin precedentes. La ingeniería que en sus tiempos iniciales fue complemento eficaz, pero no esencial, para la arquitectura, ha venido invadiendo paulatina pero certeramente los atributos de aquella, en un proceso sin pausa, constante y empeñoso, hasta lograr el imperio definitivo y absoluto en el campo de sus aplicaciones. La cristalización y ejemplarización máximas de este hecho, definido por la ausencia de medidas arquitectónicas y garantizado por la eficacia meramente técnica de la ingeniería, se encuentra en los "skycraper" de New York. Así lo afirmó John Hemming Fry en un denso ensayo sobre la moderna pseudo-arquitectura: "En el momento presente parece que los arquitectos, más que cualquiera otra clase de artistas, están obsesionados por la idea de la gran dimensión en sí y por sí. Se han convertido en adoradores fervientes del dios de la gran dimensión y en sus fieles sacrificadores. La arquitectura como arte se ha desvanecido, para ser sustituida por la intuición y por la ciencia de la ingeniería. La única posición efectiva que le queda al arquitecto está representada por su conocimiento de la ingeniería en cuanto se aplica a la construcción en hierro de los edificios. Una vez eliminada la arquitectura, como arte, la ciencia de la ingeniería se ha puesto al servicio de la gran dimensión. La manía de lo enorme, unida al gusto de la especulación sobre terrenos para construir, ha producido la fea y monótona moda de los rascacielos".

En realidad, esta lucha de la ingeniería y la arquitectura se hizo visible con el Renacimiento. Pero el imperio de las formas arquitectónicas se mantuvo decisivo y prepotente hasta principios de este siglo. La Torre Eiffel podría ser el centro de equilibrio de las fuerzas en lucha, la balanza de influencias de ambas corrientes, el momento de duda entre el predominio de la ingeniería o de la arquitectura, el mojón indicador de la caducidad de un influjo y del surgimiento de otro claramente antagónico. Desde entonces el imperio sustancial de la ingeniería se hace más evidente, cobra más auge, sin reservas, sin timideces, sin descanso, con inveterado desparpajo. Pero Europa, agobiada por tantos siglos de auténtico arte, por tantas empresas de cultura, por tantas bellas y magníficas cruzadas estéticas, no podía ser la coordinadora de esta suplantación definitiva de la arquitectura. América del Norte, amalgama de razas, surtidero de gentes nuevas, auténtica "deraciné" del mundo clásico, podía afrontar sin riesgo y sin pena, con admirable audacia, esta entronización definitiva de la ingeniería. Chicago fue campo inicial en la experimentación. New York coronó brillantemente la empresa. Waldo Frank en su maravilloso volumen "Redescubrimiento de América" dijo certeramente: "Los dioses americanos del poder tienen un templo. Es nuestro mejor ejemplo de articulación formal. Lo llamamos Rascacielos. Cincuenta pisos apilados uno encima del otro nos expresan como rebaño; así como el estilo romántico proclamó un pueblo integrante; el gótico, un pueblo integrado; y el barroco renacentista, un pueblo en disgregación. Somos una masa fuertemente comprimida en una estructura simple; nuestro rango es igualitario; nuestro propósito, la eminencia; nuestra dinámica, la adición; nuestro valor más

Bibliografía

preciso, el poder de aumentarnos de volumen. De modo que la construcción que nos simboliza tiene por propósito el monótono apilamiento de igualdad sobre igualdad. Cuando el rascacielos aspira a salirse de estos verdaderos rangos, se hace hipócrita. El deseo de belleza engendra las mentiras arqueológicas con que nuestros ambiciosos arquitectos recubren nuestras estructuras de acero. El rascacielos es un simple marco relleno de piedras, que le cuadran tanto como a una falsa democracia las piedras individuales que carecen de importancia estructural. En el estilo gótico cada losa sustenta la bóveda; cada piedra, como cada alma, es indispensable. Alberto Einstein, al visitar a Nueva York, exclamó con sorpresa interrogante: "Esta parece ser una tierra de sólo dos dimensiones". Había percibido en términos suyos, la naturaleza de una sociedad de Poder. Tal mundo sólo tiene superficie; su energía se consagra en la continua creación de fronteras de acción... nunca se detiene a ahondar a una "tercera dimensión" lo que ya ha adquirido. El observador sabe cuán cierto es esto: de nuestro pensamiento, de nuestro ejercicio emocional, de nuestra política, de nuestras artes. La arquitectura de New York es plana, no tiene profundidad, y en consecuencia, salta a la vista del eje inteligente como algo irreal y endeble. Puede servir para el Poder capaz de proyectar muchas copias de dos dimensiones, pero no puede crear la profundidad en que comienza realmente la vida: la "tercera dimensión", que otro idioma llama **conciencia o espíritu**".

Las obras arquitectónicas de la época pagana y del medioevo son anónimas porque se hicieron con finalidad superiores al mero orgullo personal. En la era greco-romana la belleza fue norma y raíz, razón y objetivo de toda la creación arquitectural. El Parthenon, con el ordenamiento dórico de sus columnas y la severa magnitud de su derruido conjunto, es tan anónimo por lo que respecta a su autor o autores, como la Catedral de Colonia, sembrada de agujas góticas y labrada con anhelos de evasión hacia Dios. De un magistral ensayo de Wladimir Weidlé, titulado "L'orgueil, décheance de l'homme createur", vertemos lo siguiente: "Durante miles de años el arte de la Europa cristiana ha permanecido indisolublemente ligado a la vida religiosa, y por ella a la vida total. El vínculo no se redujo jamás a una simple relación de oferta y demanda; el artista trabajaba no solamente para la Iglesia, sino en la Iglesia; no ayudaba únicamente a las necesidades del culto, sino que participaba de él, pues la génesis de su obra era una genuflexión y su total realización una oración. El arte religioso se definía, no por la destinación de las obras, ni por lo que ellas representaban, sino por la fusión del contenido religioso con el contenido artístico, fusión que buscaba siempre la íntegra identidad. Una iglesia puede ser un monumento de gusto, bueno o malo, y una imagen del Crucificado inartística o sacrilega; pero ante las grandes obras del arte cristiano es imposible decir donde termina la religión y dónde comienza el arte, y durante los siglos de su grande esplendor, las producciones, aún las más humildes, destinadas a usos profanos, se acercan en su intimidad a las fuentes confundidas de la inspiración artística y religiosa. En esta lejana época toda obra era útil y ninguna puramente utilitaria, pues las necesidades espirituales del hombre eran mucho más poderosas que sus necesidades materiales, y el artista se creía artesano, pero el artesano era artista. Todo hombre capaz de crear pertenecía a una comunidad creadora, y esto porque sin saberlo él expresar, lo que

daba espontáneamente a los otros, era para ellos pan antes que golosina, pero no el pan y el agua de los siglos últimos; temerosos de mezclar el arte y la religión, sino el vino de los siglos generosos, suficientemente seguros de su fe para hacer surgir las formas y las imágenes". Esta trascripción vale para deslindar diáfana-mente el valor supramaterial que imprimía la arquitectura, esa maravillosa "metafísica de la piedra", cuando ella imperaba en la vida del arte. Un ideal estético absoluto determinó las construcciones de la antigüedad clásica y una norma ética superior caracterizó igualmente la arquitectura medioeval. El objetivo noble, alto, supraterreno, hizo que los creadores de aquella época borraran sus nombres de los muros eternos, como sublime logro y ejemplar renunciación para la belleza o para Dios.

Pero el Renacimiento, que como dijo alguien dió al artista sus tres grandes orgullos: el orgullo de ser artista, el orgullo de superar el pasado, y el orgullo de ser él mismo, permitió que surgiera en la arquitectura, como en las demás artes, el nombre propio. "El artista se afirma y se encierra más y más en lo específico de su vocación y lo irreductible de su personalidad. Deja la comunidad con aquellos que únicamente cooperan en su obra manualmente y se atiende sólo a la comunidad de los que crean. Quiere ser original frente a sus contemporáneos y nuevo frente a la tradición. Conoce el pasado pero únicamente para oponerse a él y combatirlo. Quiere la verdad, pero la suya sola y en tanto no sea ella precisamente la verdad de todo el mundo". Pero a pesar de estos orgullos y a pesar del nombre propio que adquirieron las realizaciones del arte, la arquitectura conservaba su predominio y lo mantuvo hasta los albores del siglo XX. En honor a la belleza, como tributo religioso o para prestigio del hombre, todavía la imaginación caracterizaba al arte bello y sublime: zaba sus creaciones, porque el cálculo técnico no fue nunca condición esencial y determinante de las realizaciones arquitectónicas. El Renacimiento como afirmó Burkard, descubrió al individuo, pero conservó la validez sustancial de la arquitectura.

Mas el triunfo de la técnica, el dominio invariable de la máquina, "el amor fisiológico por las grandes dimensiones", el imperio en fin de la ingeniería, borraron también con la imaginación y con el arte el nombre de sus creadores. Las construcciones por eso tomaron la denominación de la persona natural o jurídica que financiaba su realización. Y entonces ya no se pudo repetir más aquello de Maetz-tu: "Creo en la virtud de las piedras labradas y en que el espíritu que las talló vuelve a infundirse en el país de sus canteros, escultores y maestros de obras, si no ha perdido totalmente la facultad de merecerlo".

Un criterio comercial, una directriz fenicia, liquidó todo valor estético, ético o artístico en la arquitectura. Sólo existe un interés inmediato, de lucro, de records, de utilidad. Por eso el nombre de los creadores no figura ya; la gloria no entra en los cálculos de la ingeniería moderna, ni llega al campo frío de las altas finanzas, ni soporta la serdidez espiritual de los trusts.

En las realizaciones arquitectónicas de nuestro país existe un proceso similar, de proporciones naturalmente más modestas, pero idénticamente valederas. Las creaciones de la colonia, auténticas joyas de construcción, carecen de autor. En la república se inscrustan placas memorativas de sus creadores. Hoy, el nombre del ingeniero cons-

Bibliografía

tractor, denominación muy de uso, sólo permanece en los muros del edificio el tiempo necesario para concluirlo, vale decir con un evidente y claro propósito de propaganda, objetivo supremo en estos tiempos.

Existe un valor estético en el rascacielos? Pocos en verdad han osado afirmarlo. Angel Guido en su reciente obra "Redescubrimiento de América en el arte" afirma que "los rascacielos serán por mucho tiempo una de las expresiones estéticas más certeras de nuestra inquieta y embrionaria época, y como americanos debemos enorgullecernos que haya sido un pueblo de América el predestinado a ofrecer al mundo la obra de arquitectura más extraordinaria de nuestro tiempo". Y Gonzalo Réstrepo Jaramillo dice: "El conjunto de los rascacielos es bello, con una belleza sui generis como una cadena de montañas cuyos agrios picachos se perfilan contra el azul de un cielo que de otra manera resultaría monótono. La belleza de esa línea del horizonte neoyorquino es de carácter grandioso, pero en todo caso de belleza. En cambio, casi todos los rascacielos son individualmente feos. Es imposible mantener armonía de formas, detalles esbeltos, dentro de las proporciones gigantescas de esas colmenas de humanidad. El rascacielos domina por su volumen, pero carece de sugerencias espirituales. La necesidad de suministrar aire y luz a la termitera formidable, impone una arquitectura especial, a base de grandes planos que se alejan los unos de los otros como las gradas de una escalinata de cíclopes. Agobiado por las proporciones desmesuradas, el detalle artístico desaparece por costoso y quizás porque resultaría invisible. El rascacielo ofrece a la vista fatigada su multitud de ventanas absolutamente idénticas entre sí, simples agujeros de monotonía insoportable". Y John Hemming Fry, a quien ya citamos y quien por ser norteamericano es más idóneo para juzgar la obra que ha sido el máspreciado y orgulloso timbre de su nación, asegura en su obra "La rebelión contra lo bello": "Dado que el desprecio de las formas clásicas en arquitectura y la esterilidad de la mente de los ingenieros para crear nuevas formas se han mostrado completas, la única solución total había que encontrarla en el paralelogramo elemental o en el cubo. Así todo se reduce a un problema de ingeniería consistente en apilar un cubo sobre otro, hasta llegar a una altura de un millar de pies con agujeros hechos en los cubos a manera de ventanas, exactamente idéntico uno a otro y cuyo conjunto resulta una prodigiosa proyección de vacuidad. Cuál es el resultado de todo esto? Un monumento simbólico de la situación de esterilidad y de estupidez en que ha caído el espíritu humano". Ya transcribimos el concepto de Waldo Frank tan idóneo y certero al respecto. Otro norteamericano aseveró, dando a su expresión un sentido más hondo y singular y una más ancha y densa significación que la que implica la aparentemente trivial definición, que semejaban los rascacielos "baúles puestos de canto, como si acabásemos de llegar de Europa".

Y otro interrogante. Permanecerá por mucho tiempo este imperio absoluto de la ingeniería sobre la arquitectura? Guido, a quien transcribimos más arriba y que es indudablemente el más conspicuo panegirista de las nuevas formas arquitecturales, dice: "Hoy vientos violentos han conmovido esa exaltado mito de la Máquina y es probable que el rascacielo, símbolo de aquel mito, los sienta azotar en sus flancos, chocando con hostilidad contra sus masas

elegantes y soberbias". Y Walter Gropius, el padre del funcionalismo, el antecesor teutónico de los creadores de la arquitectura moderna, el mismo que proclamó la ridiculez de la imaginación en el arte y lo absurdo del espíritu, y quien elevó a la máquina a la categoría de mito supremo del arte contemporáneo, afirmó: "A pesar de la fuerte acentuación de las cuestiones técnicas y económicas, es preciso acentuar aun más la parte espiritual de la arquitectura. La arquitectura no se contenta sólo con las satisfacciones de necesidades materiales, hay que mirar sobre todo las necesidades de orden más elevado, las del espíritu. La economía como único fin y tal como la concebimos hoy día, es un gran peligro. La crisis que sufre el mundo civilizado actualmente, no es quizás otra cosa que la venganza del espíritu encadenado". Y Waldo Frank en la obra precitada había dicho: "El rascacielos puede expresar el rebaño, pero los motivos de su fachada inspirados en Chartres o en Gizeh expresan la necesidad del rebaño de dejar de serlo". Rafael Maya, el más insigne poeta de Colombia hoy, afirmó bellamente: "Siempre dirá más al alma una columna rota del Partenón que el más audaz rascacielos neoyorquino, que puede venirse al suelo tranquilamente, sin que sintamos que se rompe de igual manera, un gran ensueño en nuestras almas. En cambio, cuando la explosión de un polvorín cuarteó el templo ateniense, los hombres estimaron que había perecido no un edificio sino una cultura entera, y que la frente de Platón y los húmedos labios de Afrodita se habían contraído de amargura. Con todo, es tan avasallador el poder de esas ruinas, que allí acude Byron a evocar la sombra de Aquiles, y va Chateaubriand a templar su melancolía y Renán se acerca a besar las carcomidas losas, y Mauricio Barrés busca métodos de perfección interior, estudiando el orden de las vacilante columnas". Desde la destrucción de la Catedral de Reims en la guerra de los cuatro años, hasta la semi-derrucción de la Catedral de Colonia en la presente hecatombe, todo el mundo se conmueve por la obra de aniquilación sembrada contra las grandes e irremplazables construcciones labradas por el hombre en ofrenda inmortal para Dios. E. Male en su obra "El arte religioso en Francia" dice: "La catedral fue para el sentimiento la revelación total. Palabra, música, drama viviente de los misterios, drama inmóvil de las estatuas, todas las artes se combinaron en ella. Era algo más que el arte, la luz dividida en múltiples fascetas como a través de un prisma. El artesano encontraba en ella la unidad de la vida; la multitud en las grandes fiestas, la unidad viviente. Los fieles eran la humanidad; la catedral, el mundo, el espíritu de Dios simbolizando el hombre y la creación. Símbolo de fe, la catedral fue también símbolo de amor". El enlace político y económico que grandes autores han encontrado entre la edad media y la más próxima etapa humana, superada aquella en su aspecto puramente ideal, a temperadas a nuestro medio sus formas sociales, valdrá igualmente para la arquitectura, la cual indefectible y ciertamente recobrará su esplendor y su dominio, sus fueros y atributos. Entre tanto bástenos desear con Nietzsche y refiriéndonos a la moderna arquitectura: "¿Qué significan estas casas? En verdad que ningún espíritu grande las puso allí para que fueran su imagen. ¿Las sacó de la caja de los juguetes un niño tonto? Pero entonces no habrá otro niño que quiera volver a guardarlas?".

G. H. M.

HACIA UN NUEVO PATRIOTISMO

Hoy cuando la Historia sufre uno de los vuelcos más catastróficos de todos los tiempos, el hombre debe recogerse dentro de sí para reevaluar los conceptos que posee, y ver si es el caso de abandonarlos o aferrarse a ellos como si fuesen la nave que le conduce a tierra prometida. Para mí tengo que las concepciones de Patria y patriotismo deben encuadrarse dentro de la más férrea vocación cristiana. Esta vocación no es otra cosa que el precepto emanado de los castos labios de San Juan: "Amaos los unos a los otros". Frase estupenda que no reconoce fronteras porque es católica, que quiere decir universal.

Ha llegado el momento de aventar a todos los vientos las voces fuertes y agoreras que presagian la apertura de una nueva era, sin contactos con las edades antiguas y presentes, desvinculada de toda tradición de pecados y sumergida en un éxtasis de ansia de perfección. Despoblada de egoísmos nacionales y de concupiscencias sectarias. El novísimo credo patriótico vivificado por la médula cristiana, será un canto a la unión, a la Federación de los Estados sin asomos de nacionalismos agresivos. El nacionalismo tal como hoy se entiende, y se ha entendido en todo el pasado, es la negación categórica de las doctrinas de Cristo. Se pretende la exaltación de la nación pisoteando todos los derechos naturales de las demás naciones. Se crean fronteras levantadas por el odio donde no tiene por qué haberlas. Es bueno anotar que la frontera en su verdadero sentido no debe ir más allá que mostrar el límite de dos propiedades, cuyos dueños son amigos y pueden visitarse sin resquemores; de tal manera que por las puertas de la legalidad penetre la confraternidad a los predios.

Todas las entidades que poseen prestigio y, sobre todo, que tienen alguna misión educativa, están en la obligación de fomentar por todos los medios la doctrina verdadera de acercamiento interhumano, y de construir las bases para la expedición del mandamiento pedagógico que esplendorosamente ha de educar las conciencias militantes lontanas.

En la familia, la madre, cariñosamente, puede ir repletando con fervoroso entusiasmo el entendimiento del adolescente de sanos consejos, que encierran aprecio para con sus semejantes de allende la frontera. Mostrarle a sus hijos que el Pabellón Nacional es un símbolo de afecto, emblema de legítimas pretensiones patrias, y no un pendón arisco y violento para llevar a los campos de batalla contra sus vecinos. Significarle que la humanidad es una, y que las distinciones de razas y jerarquías de la sangre no tienen ningún fundamento cristiano y atentan contra la doctrina Divina. Grabarle en su cerebro un catecismo patriótico que contenga los mandamientos naturales de trabajo, dignidad, amor, respeto, y principalmente la idea de servicio. Señalarle con el índice augusto que cada hombre vive en función de servicio; que el egoísmo es un pecado condenado por Dios y los hombres, y que para ejecutar estos actos sólo hay que atender a nuestra conciencia, que en todo momento nos manda hacer con los demás lo que para nosotros quisiésemos.

En la escuela la labor puede ser más amplia y nutrida con mayores conocimientos científicos. El profesor, y el de historia como el que más, le incumbe pintar con colores fuertes la conveniencia uni-

versal de la paz y las razones morales que obligan el mutuo entendimiento entre los pueblos, y el principio anchuroso y encumbrado del bien común que solamente mira el bienestar y tranquilidad generales. Tanto el historiador como el profesor de historia son los llamados a enseñar con sus debidas proporciones, sin desmoralizar como hacen los que exaltan los célebres truhanes que han vuelto ensangrentada y triste y llorosa la vida de muchas generaciones. Como dice Belloc, el verdadero historiador "sólo puede expresar la verdad con precisión cuando se citan los hechos conocidos teniendo en cuenta la jerarquía de sus valores".

Esta jerarquía no es otra que la que pone en el puesto que le corresponde a cada acontecimiento, sin adulterarlo y principiando por lo que tenga más valor y utilidad para la humanidad".

Desde un punto de vista rigurosamente católico, el hombre está capacitado para desempeñar una misión universalista en el sentido de la confraternidad humana. A este respecto afirma el eminente tratadista suizo José Motta: "Un católico es a la vez, naturalmente, un patriota y un ciudadano del mundo. Así como nuestra religión armoniza la antítesis de la autoridad y la libertad en una más alta síntesis, así, los conceptos de Tierra paterna, Humanidad e Iglesia universal se complementan y perfeccionan el uno con lo otro en una suprema unidad". Estas ideas deben ser inculcadas a los alumnos por el profesor, con ánimo sereno y con una alta comprensión de los problemas trascendentales que el joven, con el transcurso del tiempo, va asimilando a medida que se perfeccionan sus conocimientos. A la escuela y a la universidad les toca la formación del hombre de tipo universal, despojado de prejuicios de toda índole para con el resto de los hombres. De verdaderos patriotas en el sentido íntegro, sin deslices hacia el imperialismo, sin flaquezas de carácter explotador y mercantilista. Repican las campanas la muerte de los antiguos postulados y anuncian el amanecer redentor del nuevo orden, de la llegada del ciudadano del mundo (en el sentido de Erasmo) tan anhelado por todos los pensadores de noble estirpe. Hacer de nuestras vidas campos fecundos para el bien de la comunidad sin parar mientes en que la ciudad donde vivimos sea nuestro terruño, o el país donde residamos sea nuestra patria; ser como las estrellas que recorren los cielos y siembran de luz y de belleza los panoramas de todas las comarcas, o como el arco iris pregonero de paz en todos los continentes.

Es compolitismo como idea de equilibrio y de compactación de las aspiraciones comunes, es la doctrina conveniente para plantarse después de la actual hecatombe; de aquí la importancia de ir preparando en las parcelas de la niñez y la juventud una conciencia apropiada para la germinación de estos postulados de armonía, bienestar, progreso y felicidad terrenos. Qué es ser cosmopolita?... La respuesta podía resumirse diciendo que es ser buen cristiano. Mas en el sentido ordinario se entiende de la persona que no tiene como patria únicamente aquella en que ha nacido y a la cual están pegadas todas sus tradiciones, sino el dilatado espacio del mundo donde vive y se sufre la misma tragedia de peregrinaje hacia la eternidad. Comentando estos asuntos, Eugenio María de Hostos, apunta: "Cosmopolita no es el hombre que falta a su deber de realizar los fines que la patria le impone sino el que, después de realizarlos o batallar por realizarlos, se reconoce hermano de los hombres y se impone el de-

Bibliografía

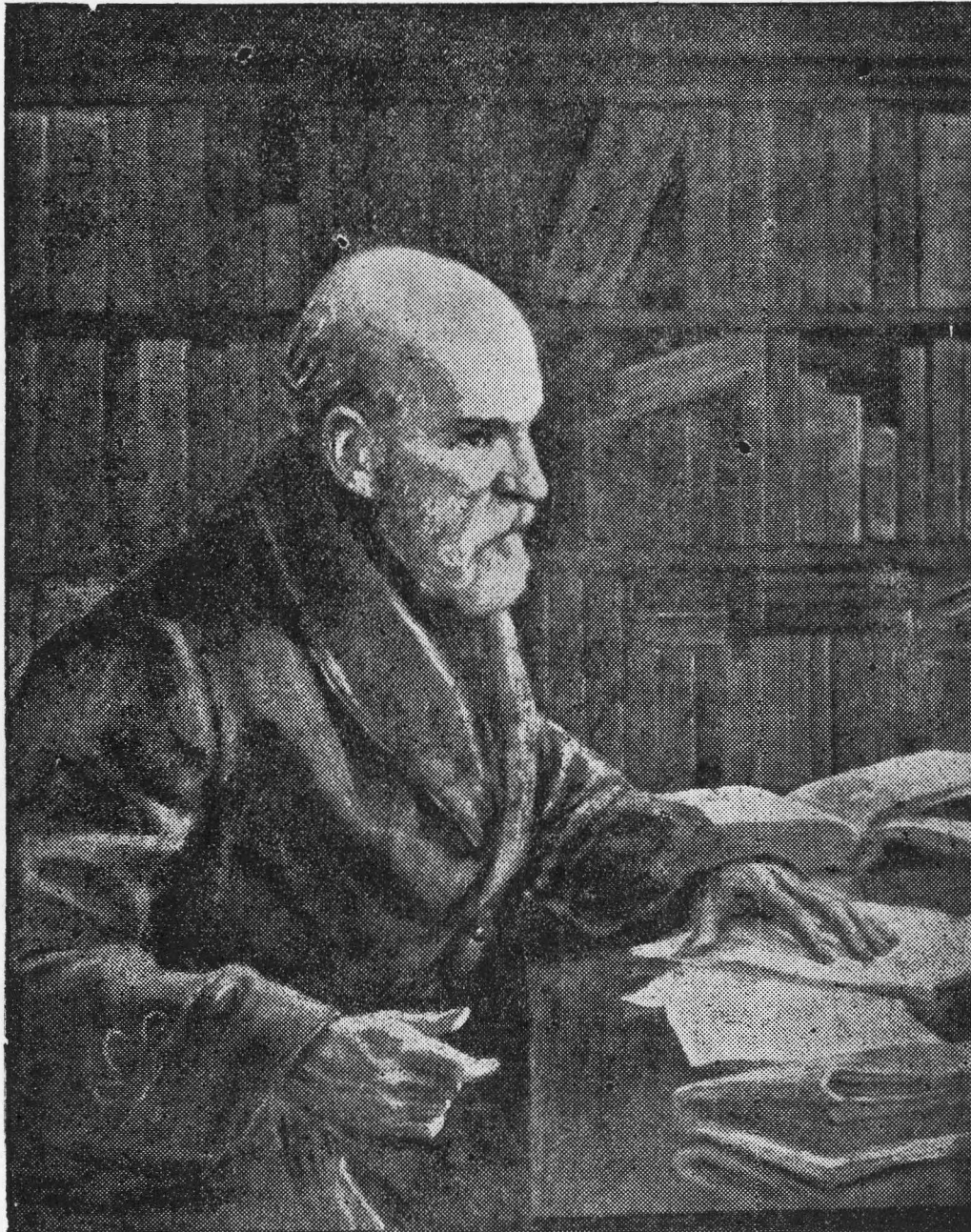
ber de extender los beneficios de su esfuerzo a cualquiera hombres y en cualquiera espacio y tiempo". Y añade: "Cosmopolita es el patriota de toda patria. Empieza por serlo en la de origen geográfico y concluye por serlo en la de origen zoológico. Empieza por ser verdadero hombre en su patria, y acaba por ser verdadero patriota en la humanidad entera. Tiene la completa noción de dignidad que desarrolla en los seres de conciencia cultivada, y por lo mismo que las utilidades calificadoras son incapaces de moderar sus impulsos hacia el bien, tiene de la utilidad la idea exacta que ha de tener el que quiere fabricar en la realidad de la naturaleza humana, y reconoce que el uso mejor que podemos hacer de nuestros medios de acción es el que hacemos en provecho de los hombres todos. Entonces, para él, todo mundo es patria, y porque en todas partes acontece la repetición exacta de la porción de humanidad de que procede y en todas partes tiene el deber de hacer lo que quiso, deseó o intentó en su patria, y porque en todas partes trabaja para ella, no sólo por ser solidarios entre sí todos los bienes de los pueblos, sino porque el mérito que adquiere ante otros pueblos refluirá como honra y gloria para el suyo".

Carlos Mario Londoño M.

EL NUEVO OBISPO DE ANTIOQUIA

La promoción del Excelentísimo Señor Luis Andrade Valderrama, de la orden de los frailes menores, al obispado de Santafé de Antioquia ha de ser registrada con júbilo en esta publicación. Hombre de Dios, edificó la feligresía bogotana, desde su sede de obispo auxiliar, y en la altiplanicie capitalina todos se hacen lenguas de su piedad y de su celo. Ajeno al mundo, lo dejó años hace por la estrechez de la orden franciscana, y ni el violado de los hábitos pontificales ni el amatista ni los títulos han modificado su sencillez, su desapego, sus ojos de carne fijos en la tierra, ajenos a lo que lo rodea, o esperanzado siempre en el cielo, donde reside toda esperanza. Varón de letras divinas y humanas, sus estudios sobresalen en Colombia por la seguridad en la fe, la agudeza en la expresión, la dignidad de la forma, la firmeza de la lógica y la serenidad del discurso, todo dentro de un exquisito dominio del idioma. Santandereano del sur, las virtudes de aquella región montañosa brillan en él, y hacen pensar en el acierto del Padre Santo al llamarlo a regir una Iglesia que tiene mucha similitud con la suya natal. Hermano de un gran misionero jesuita, el Padre Bernardo, cuya muerte tiene todas las apariencias de un martirio por la caridad, la Iglesia colombiana puede esperar de este prelado meritorio los más fecundos sacrificios. Viene a llenar la orfandad que el obispo Toro dejó en la diócesis de Antioquia, iglesia ésta que, si viveva en su última fundación, tiene títulos para ser una de las más venerables de la república, por la antigüedad y fidelidad de su catolicismo, por el papel histórico que le ha cabido en nuestro desenvolvimiento, por los eximios varones que la han regido y por los eminentes servicios que tiene prestados. Nuestra Revista, haciéndose eco del clamor que llena este claustro, tributa un sincero homenaje de admiración y acatamiento al nuevo ordinario de la diócesis de Antioquia, a quien Dios haga largo y fecundo su pontificado.

Homenaje del Claustro Bolivariano a don Rufino José Cuervo



El Consejo Directivo de la Universidad Católica Bolivariana,

CONSIDERANDO:

Que el 19 del mes en curso se cumple el primer centenario del natalicio de don Rufino José Cuervo.

Que el señor Cuervo fué autor de numerosos estudios de lingüística, filología y literatura, entre los cuales figuran las "APUNTA-CIONES CRITICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO", "EL CASTELLANO EN AMERICA", "LA GRAMATICA LATINA" (escrita en asocio de D. Miguel Antonio Caro), las "DISQUISICIONES FILOLOGICAS", el "DICCIONARIO DE CONSTRUCCION Y REGIMEN DE LA LENGUA CASTELLANA", y "LA VIDA DE DON RUFINO JOSE CUERVO".

Que los escritos del señor Cuervo se caracterizan por la originalidad y profundidad del fondo así como por la sencillez y tersura de la forma.

Que su vida, enmoldada en la doctrina cristiana y consagrada a la ciencia, fué un tejido de cualidades que le hicieron sobresalir como filólogo, lingüista y literato; como erudito investigador paciente; como patriota y como bueno.

Que singularmente en los campos de la filología y del lenguaje facilitó con cuidadoso esmero la enseñanza del castellano, fué juez del bien decir y gloria de las letras.

Que, como él mismo lo expuso bellamente, "mirar por la lengua, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las glorias de nuestros héroes".

Que realizó con plenitud el ideal católico bolivariano, por la subordinación de su criterio a la Iglesia de Cristo, la pureza de su alma, la práctica de la caridad, la aplicación al estudio y el amor a Colombia,

RESUELVE:

La Universidad Católica Bolivariana se asocia a la celebración del primer centenario del natalicio de D. Rufino José Cuervo, reconoce que la vida y ejemplos de este hombre son dignos de notar, de recomendar a la juventud y de encomendar a la memoria de los colombianos.

El Consejo dispone que una de las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras se llame "Rufino José Cuervo".

Transcribese al Ministerio de Educación Nacional, a la Academia Colombiana de la Lengua y al Instituto de "Caro y Cuervo", y publíquese.

Medellín, 11 de septiembre de 1944.

Félix Henao Botero, Presidente. Vocales: Guillermo Jaramillo Barrientos, Neil Gilchrist L., E. Botero Ramos, Rafael Restrepo Maya, Juan B. Martínez V., Guillermo Roldán, Jaime Echavarría, Octavio Restrepo Y., Secretario.